

## El análisis del discurso y la intertextualidad

*J u a n a M a r i n k o v i c h*  
*Universidad Católica de Valparaíso*

*Actualmente, la expresión análisis del discurso se utiliza como una etiqueta que recubre el estudio de piezas de uso comunicativo auténticas, en la búsqueda de una perspectiva integradora acerca del lenguaje. En la línea del análisis del discurso, un campo interesante de abordar es aquel del análisis de la intertextualidad. Este tipo de análisis —ya esbozado por Bajtín (1986) en sus escritos sobre texto y género— se considera como un complemento esencial para el análisis lingüístico. Kristeva (1967) alude por primera vez a la intertextualidad en sus estudios literarios y la define como “la existencia en un texto de discursos anteriores como precondition para el acto de significación”. Este primer intento de incorporar esta problemática como objeto de estudio encuentra seguidores que han profundizado el campo y así hoy podemos determinar distintos matices, fuente de numerosas investigaciones, entre los que destaca aquel de la interdiscursividad o intertextualidad constitutiva que pone el acento en la heterogeneidad de los textos al estar constituidos éstos por combinaciones de diversos géneros y discursos.*

### 1. CONSIDERACIONES PRELIMINARES

La lingüística moderna en su empeño por aproximarse a su objeto de estudio, es decir, al lenguaje y a las lenguas, ha debido abrir sus fronteras,

como la mayoría de las disciplinas, y hoy podemos decir que está en pleno desarrollo, descubriendo nuevos horizontes e incorporando nuevos espacios a su investigación, los cuales desbordan, sin lugar a dudas, los marcos que ella misma se fijó al constituirse como ciencia. Así, la órbita de la lingüística se ha ido ampliando, desde el simple examen de la estructura del lenguaje en el *estructuralismo*, al análisis de los procesos cognitivos y sociales del discurso y del texto en el paradigma de la *pragmática*, pasando por la racionalización de las respuestas intuitivas que los hablantes tienen de su propia lengua, la formalización estricta del lenguaje o la formulación de hipótesis sobre el funcionamiento del mismo, en el paradigma del *generativismo*.

La pragmática constituye una amplia perspectiva investigadora, cuyo estatus no está aún claro y perfectamente definido, lo que nos enfrenta a un paradigma incipiente (Weinreich 1981). Otras corrientes de investigación ya consolidadas en la década de los ochenta y noventa, como la *lingüística textual* y el *análisis del discurso*, comparten con ella su interés por abordar el lenguaje en uso, es decir, el lenguaje que se utiliza en situaciones concretas, o, visto desde otro ángulo, el estudio de las relaciones entre el lenguaje y los contextos comunicativos en que éste se manifiesta (De Beaugrande y Dressler 1981). En términos generales, intentan aproximarse al análisis del lenguaje como *texto* o *discurso*. No obstante, cada una de estas corrientes pone énfasis en distintos aspectos, tales como la organización lingüística de los niveles supraoracionales, el tratamiento de la composición de los textos, el análisis de la conversación, etc.

Actualmente, la expresión *análisis del discurso* se utiliza como una etiqueta que recubre el estudio de piezas de uso comunicativo auténticas, en la búsqueda de una perspectiva integradora. En cierto modo, tal como lo plantea J.J. Gumperz, se trataría de la actividad que toma como objeto de estudio el *discurso*, entendido como el uso comunicativo que integra lo verbal y lo no verbal en situaciones auténticas de producción e interpretación.

Este campo de estudio creció durante los años sesenta y setenta a partir de una serie de trabajos en diferentes disciplinas, incluidas la lingüística, la psicología, la antropología y la sociología. En los ochenta, surge un conjunto de publicaciones, entre las que destacan las de Gumperz (1982), Bronckart *et al.* (1985), Brown y Levinson (1987) y van Dijk (1985). Recientemente, aparecen los tres volúmenes de Kerbrat-Orecchioni (1990, 1992 y 1994), el trabajo de Schiffrin (1994), las publicaciones de Fairclough (1994, 1995) —representante de la corriente conocida como *análisis crítico del discurso*— y las de van Dijk (1997).

## 2. EL ANÁLISIS DE LA INTERTEXTUALIDAD

### 2.1. DELIMITACIÓN DEL CONCEPTO DE INTERTEXTUALIDAD

En la línea del análisis del discurso, un campo interesante de abordar es aquel del análisis de la intertextualidad. Este tipo de análisis —ya esbozado por Bajtín (1986) en sus escritos sobre *texto* y *género*— se considera como un complemento esencial para el análisis lingüístico. En lugar de intertextualidad, la terminología de Bajtín propone el concepto de *dialogismo*, que designaría “la relación de un enunciado con otros enunciados”. El mismo autor emplea el concepto de *heteroglosia* o voces múltiples, que explicaría la diversidad individual al interior de la colectividad, y el de *carnaval* o dinámica retórica, como la expresión de la cultura popular mediante la inversión de las jerarquías establecidas y el intercambio de papeles sociales.

En 1967, Kristeva alude por primera vez a la *intertextualidad* en sus estudios literarios y la define como “la existencia en un texto de discursos anteriores como precondition para el acto de significación”.

Barthes (1970) aclara que la *intertextualidad* no tiene relación con la antigua noción de fuente o influencia, puesto que todo texto ya es un intertexto; en niveles variables, otros textos se encuentran insertos en él bajo formas más o menos reconocibles, es decir, los textos pertenecientes a la cultura del texto previo y aquellos de la cultura del entorno.

De Beaugrande y Dressler (1981) sostienen que la *intertextualidad* es uno de los requisitos que debe cumplir un texto para ser considerado texto; determina la manera en que el uso de un cierto texto depende del conocimiento de otros textos. Según estos autores, el término intertextualidad se refiere a “la relación de dependencia que se establece entre, por un lado, los procesos de producción y recepción de un texto determinado y, por otro, el conocimiento que tengan los participantes en la interacción comunicativa de otros textos anteriores relacionados con él”. Este conocimiento intertextual se activa mediante un proceso que puede describirse en términos de mediación (es decir, teniendo en cuenta la intervención de la subjetividad del comunicador, quien suele introducir sus propias creencias y sus propias metas en el modelo mental que construye de la situación comunicativa en curso); cuanto más tiempo se emplee y más actividades de procesamiento se realicen para relacionar entre sí el texto actual y los textos previos que tengan que ver con él, más elevado será el grado de mediación.

Por su parte, Genette (1982) menciona la *transtextualidad* o *trascendencia textual* del texto, es decir, todo lo que lo opone en relación manifiesta o secreta con otros textos. El mismo autor establece cinco tipos de relaciones transtextuales:

1. La *intertextualidad*, definida como una relación de copresencia entre dos o más textos o la presencia de un texto en otro. La forma más explícita y literal de intertextualidad es la citación y la menos explícita es el plagio o también la alusión.
2. El *paratexto*, ordenamiento del texto o el borrador del mismo (pre-texto).
3. La *metatextualidad*, comentario que une un texto con otro, sin necesariamente citarlo, en una relación más bien crítica.
4. La *hipertextualidad*, relación de un texto con un texto anterior o hipotexto.
5. La *architextualidad*, relación absolutamente muda que articula cuando mucho una mención paratextual. Constituye un conjunto de categorías generales o trascendentales.

En otro plano, Lemke (1985) identifica dos tipos de relaciones intertextuales. La primera establece relaciones entre elementos de un texto dado y la segunda, entre distintos textos.

Para Bajtín (1986), todo enunciado, hablado o escrito, desde los más breves turnos en una conversación hasta un trabajo científico o una novela, están demarcados por un cambio en el hablante o en el escritor y están orientados retrospectivamente hacia los enunciados de hablantes previos y prospectivamente a enunciados anticipados de hablantes futuros, es decir, tanto los enunciados como los textos son inherentemente intertextuales, puesto que están constituidos por elementos de otros textos. Este autor distingue lo que Kristeva llama *dimensiones horizontales y verticales de la intertextualidad* (o relaciones en el espacio intertextual). Las relaciones intertextuales horizontales son de tipo dialógico entre un texto y aquellos que los preceden y lo siguen en la cadena de textos. También existen relaciones intertextuales verticales entre un texto y otros textos, que son las que constituyen sus contextos más o menos inmediatos o distantes: los textos están históricamente ligados en distintos niveles cronológicos y a lo largo de diversos parámetros, incluyendo textos que son más o menos contemporáneos a ese texto.

Al analizar un cuento de Edgar Allan Poe, Barthes (1989) se refiere a lo intertextual como lo que hace al texto; en otras palabras, lo que funda al texto no es un significado cerrado, interno, que se puede explicar, sino la

*apertura* del texto a otros textos, otros códigos, otros signos (de aquí que este autor sostenga que deberíamos hablar de *partidas* de significado, no de llegadas). Barthes sostiene que estamos comenzando a vislumbrar (a través de otras ciencias) que la investigación poco a poco debe acostumbrarse a la conjunción de dos ideas que, por largo tiempo, se han considerado contradictorias: la idea de la estructura y la idea de la infinitud de combinaciones; la conciliación de estos dos postulados se impone a nosotros, porque el lenguaje que llegamos a conocer mejor es, al mismo tiempo, estructurado e infinito.

Bloome y Egan-Robertson (1993) sostienen que la intertextualidad es “la yuxtaposición de diferentes textos” y revisan el concepto desde tres perspectivas: los *estudios literarios*, donde se considera a la intertextualidad como un atributo del texto literario mismo, reflejando en distintos grados de explicitación otros textos literarios. Una *perspectiva semiótico-social* supone a la intertextualidad como un potencial para construir significado que, a su vez, tiene funciones interpersonales, ideacionales y textuales. La intertextualidad no se limita a referencias explícitas o implícitas a otros textos, puesto que puede ocurrir en distintos niveles (palabras, estructura de textos, registros, géneros y contextos) y de distintas maneras (mezcla de registros, contenidos, géneros y situaciones); los *estudios sobre el aprendizaje de la lectura y escritura* que, aunque escasos, centran la intertextualidad en el estudiante como lector y escritor en una postura cognitivo-lingüística, ya que al comprender un texto, los estudiantes aplican sus experiencias como lectores de otros textos y, a su vez, como escritores emplean sus lecturas previas y sus experiencias de escritura.

Una línea significativa en el ámbito de la intertextualidad es aquella propiciada por Fairclough (1995), quien propone el concepto de ‘interdiscursividad’ para referirse a la intertextualidad. Este concepto se deriva de los análisis realizados por los analistas franceses, Pêcheux (1982) y Maingueneau (1987), y también está estrechamente ligado al concepto de intertextualidad en los términos planteados por Kristeva. El concepto de interdiscursividad enfatiza la heterogeneidad de los textos, al estar constituidos por combinaciones de diversos géneros y discursos.

El mismo Fairclough identifica una *intertextualidad manifiesta* y una *intertextualidad constitutiva*, y a esta última la denomina ‘interdiscursividad’. En la manifiesta, se encuentran otros textos absorbidos dentro de un texto, en forma evidente. En cambio, la interdiscursividad amplía la intertextualidad en la dirección del principio de primacía del orden del discurso, el que está constituido por convenciones sobre géneros, discursos, estilos y tipos de actividades. La intertextualidad constitutiva privilegia los órdenes del discurso por sobre los tipos particulares de discurso. Ésta se

aplica en varios niveles: el nivel social, el nivel institucional y el tipo de discurso. Entonces, por un lado, tenemos la constitución heterogénea de los textos por otros textos específicos (manifiesta) y, por otro, la constitución heterogénea de los textos por los elementos (tipos de convención) de los órdenes del discurso (constitutiva o interdiscursividad). En general, se dice que el concepto de intertextualidad considera a los textos históricamente, transformando el pasado en presente.

Por otra parte, Fairclough hace una distinción más profunda, estableciendo una intertextualidad *secuencial*, en que diferentes textos o discursos alternan dentro de un texto; una *incrustada*, donde un texto o tipo de discurso está claramente contenido dentro de la matriz de otro; y, por último, una intertextualidad *mixta*, donde textos o tipos de discurso se fusionan de una manera más compleja o menos fácil de separar.

La intertextualidad manifiesta es un área gris entre práctica discursiva y texto, plantea preguntas acerca de lo que sucede en la producción de un texto, pero también está relacionada con los rasgos que se manifiestan en la superficie del texto.

Bex (1996) identifica una *información intertextual*, en el sentido en que ésta se relaciona en forma específica con una expresión lingüística y por extensión a un texto previo (y en definitiva, a un cuerpo de textos previos). La importancia de este tipo de información es que contribuye a contextualizar las expresiones dentro de la historia del uso del lenguaje, haciendo referencia indirecta a voces anteriores que han contribuido al mismo discurso o a discursos similares.

Fairclough y Wodak (1998) coinciden en postular que el concepto de intertextualidad está siempre conectado a otros discursos que se produjeron antes, como también a aquellos que se produjeron sincrónica y posteriormente. En este sentido, el concepto de intertextualidad adquiere características socioculturales y contextuales.

Por último, Linell (1998) complementa el concepto de interdiscursividad, incorporando la noción de *recontextualización*, entendida como expresiones reales, significados expresados en forma explícita, o algo que está solo implícito o implicado en el texto o género original. Puede estar más o menos circunscrita o ser más o menos 'concreta', o puede involucrar actitudes generales, modos de pensar o argumentar, modos de exponer o entender patrones discursivos. Una de las maneras para estudiar las recontextualizaciones es a partir de pares de situaciones comunicativas o textos (o series de ellos), en los cuales el mismo contenido se reconstruye y se reformula en forma recurrente. Otro método para analizar este fenómeno lo constituye la identificación de la mezcla de múltiples voces al interior de un mismo texto.

## 2.2. DIMENSIONES DEL ANÁLISIS INTERTEXTUAL

Luego de esta breve revisión del concepto, cabe señalar que la intertextualidad en un marco semiótico-social no se limita a referencias explícitas a otros textos, ni solo a textos literarios, ni a la imitación, y puede encontrarse en varios niveles (palabras, estructura textual, registros, géneros, contenidos y contextos) y en distintas combinaciones (registros con géneros, géneros con contenidos, contenidos con situaciones sociales, etc.).

Según Hatim y Mason (1990), la intertextualidad es un mecanismo semiótico que constituye un área híbrida entre la semiótica y la pragmática. Mientras más fuerte es el vínculo intertextual, más se activa el conocimiento del texto mismo y los sistemas de creencias.

Estos investigadores distinguen una *intertextualidad pasiva* y una *activa*. La primera se refiere a los requisitos de coherencia local de los textos, y la segunda conlleva la visión de que los textos nunca son totalmente originales: siempre dependen de la existencia no solo de otros textos previos y claramente identificables, sino también de lo que es, por ejemplo, inherente a los géneros.

Un análisis intertextual activo debería contemplar las *circunstancias sociales* particulares en que los textos se producen, se distribuyen y se consumen, constituyéndose en una instancia mediadora entre el lenguaje y el contexto social (Fairclough 1995). Para Hatim y Mason (1990), este análisis debería enmarcarse en un modelo de contexto entendido como el entorno extratextual que da forma y, a su vez, es formado por la expresión lingüística. Este contexto debería contemplar las siguientes tres dimensiones: (i) comunicativa; (ii) pragmática, y (iii) semiótica.

La *dimensión comunicativa* constituye un aspecto del contexto con todas las variables relacionadas con el campo, el modo y el tenor. El *campo* es la variación en el lenguaje de acuerdo con el uso en entornos profesionales y sociales, como por ejemplo, el discurso científico o el jurídico. El *modo* es el medio seleccionado para la actividad lingüística entre el discurso oral y el escrito, pero también incluye distinciones entre el monólogo o el diálogo. El *tenor* es la relación entre los participantes en una situación interactiva, como por ejemplo, el nivel de formalidad o la distancia jerárquica en los papeles sociales. La *dimensión pragmática* complementa la dimensión anterior y dice relación con el control de la intencionalidad de los participantes para cumplir una meta comunicativa. La *dimensión semiótica*, por su parte, regula la relación de los textos entre ellos, incluyendo su valor pragmático, como signos dentro de un sistema de signos.

Este modelo contextual es imprescindible para dar cuenta de la multifuncionalidad de los textos, según la cual éstos constituyen un

entrelazamiento de funciones *ideacionales* (la representación de la experiencia y del mundo), *interpersonales* (la interacción social entre participantes en el discurso) y *textuales* (la unión de las partes de un texto en un todo coherente y la vinculación de los textos a contextos situacionales). Los textos en su función ideacional constituyen sistemas de conocimiento y creencias, y en su función interpersonal hacen referencia a sujetos sociales (también llamados identidades o formas de identidad) y relaciones sociales entre sujetos. Cada parte de un texto puede examinarse en términos de la copresencia e interacción de dos procesos sociales fundamentales: la cognición y la representación del mundo, por un lado y, por otro, la interacción social (Fairclough 1995).

Este último proceso –la interacción social– no se realiza en forma monolítica o mecánica, puesto que las sociedades y las instituciones particulares, como los ámbitos del conocimiento dentro de ellas, establecen una variedad de prácticas discursivas que coexisten, se contraponen y a menudo compiten entre ellas. Además, existe una relación compleja entre eventos discursivos particulares y convenciones subyacentes o normas de uso del lenguaje. Estas últimas pueden integrarse en las *organizaciones del discurso*, lo que los analistas franceses, en particular Pêcheux (1982) y Mainguenu (1987), denominan *interdiscursos*.

Las organizaciones del discurso son, para Fairclough, un aspecto importante del análisis intertextual, puesto que muestran las configuraciones particulares de las prácticas convencionales (géneros, discursos, narraciones, etc.) que están disponibles a los productores e intérpretes de textos en circunstancias sociales particulares.

El análisis intertextual presupone, entonces, consideraciones sobre géneros individuales y tipos de discurso (por ejemplo, las interpretaciones de conversaciones que han realizado analistas de la conversación e interpretaciones de lo que a veces se llama *registros*, como el alemán científico o el inglés que se usa en publicidad). Estas consideraciones parecen ser, en gran medida, ideales, ya que los textos reales, generalmente están contruidos, en mayor o menor grado, mediante la mezcla de géneros y discursos. Aquí coincidimos con Derrida (1985), quien plantea que es imposible no mezclar géneros.

### 2. 2. 1. Géneros

La distinción entre textos, discursos y géneros, para Hatim y Mason (1990), debe entenderse, como ya se manifestara, en un marco semiótico-social, visión que coincide con la de Fairclough (1995). Los *géneros* son actividades lingüísticas socialmente ratificadas mediante papeles específicos de los individuos. En otras palabras, es el uso del lenguaje asociado a



una actividad social particular. La entrevista, el noticiero televisivo, la carta al editor, el soneto, la receta de cocina, son ejemplos de género. A Bajtín se debe la reubicación del género en un contexto extraliterario y la comprensión de la naturaleza esencialmente intertextual, heteroglósica y de proceso de lo que se denomina genérico (Threadgold 1989).

Hatim y Mason (1990) consideran que los géneros se perciben como un conjunto de rasgos convencionales acorde con una ocasión social. En un trabajo posterior, Hatim (1996) plantea que dentro de un género dado, el *macrogénero*, se pueden identificar géneros menores, los *generolectos*. La unidad mínima de análisis genérico es el 'rasgo de género' (la ocasión social implicada).

Para van Leeuwen (1993), la unidad básica del análisis de la estructura genérica integrada sería el 'acto semiótico', definido como un patrón de coselecciones a partir de opciones léxico-gramaticales verbales y/o no-verbales, a nivel de discurso. La estructura genérica, para este mismo autor, es la estructura sintagmática del discurso, que materializa a éste como práctica social o, más bien, como parte de ella, puesto que las prácticas sociales implican tanto elementos discursivos como no-discursivos, es decir, tanto el texto como el contexto.

Esto presupone la existencia de gramáticas funcionales de la semiótica no-verbal, porque sin ellas, las opciones coseleccionadas no podrían describirse. En textos multimodales, como es el caso de los textos que utilizan más de una semiótica (por ejemplo, un texto con imágenes), los rasgos lingüísticos se combinan con rasgos no-lingüísticos para conformar actos de habla; más preciso, actos semióticos. Las diferentes semióticas como el lenguaje, la kinésica, la imagen, el sonido, la música, etc., que, de varias maneras, se combinan para crear el texto multimodal (la conversación, la representación teatral, las revistas, los programas de televisión, etc.) se integran en forma espacial, por medio de la *composición*, como en el diseño de una revista, o temporalmente, por medio del *ritmo*, en las películas, por ejemplo.

Los géneros, según Threadgold (1989), no son simplemente 'esquemas o marcos para la acción', sino que implican siempre maneras típicas de *construcción de textos* y conjuntos típicos de relaciones interpersonales y significados (relaciones entre el lector/escritor, posiciones de poder, orientaciones escritor/texto), como también restricciones a *lo que* realmente puede ser *hablado* o *escrito*. Los dos primeros aspectos exigen el conocimiento de cómo los géneros pueden explicar las complejidades implicadas en la construcción, transmisión y cambio social, potencial de las realidades culturales. En otras palabras, se necesita saber por qué algunos géneros son posibles, otros imposibles, algunos altamente valorados y otros marginados.

### 2.2.1. Discurso y discursos

Van Leeuwen (1993) analiza los *discursos* como “recontextualizaciones de prácticas sociales”, y los define como conocimientos específicos del contexto acerca de estas prácticas sociales. Sostiene que pueden representarse en *estructuras de campo*, o sea, en estructuras que están dispersas a través del texto y que materializan el conocimiento de algún área, tal como se construyen en el contexto de un ámbito institucional dado, por ejemplo, el conocimiento de las políticas que guían los medios de comunicación o algún sector de ellos, o el conocimiento de la sexualidad en psicoterapia, etc.

Fairclough (1995) hace una interesante distinción entre *discurso* como abstracción y discurso, o más bien *discursos*, como expresiones concretas. El primero es “el uso del lenguaje concebido como práctica social”. El segundo son ‘los modos de expresar la experiencia desde una perspectiva particular’; por ejemplo, un discurso político de una tendencia determinada o el discurso feminista.

Tanto el discurso como los discursos (o eventos discursivos) se pueden analizar desde una perspectiva tridimensional, es decir, a partir de (i) un texto, hablado o escrito, (ii) una práctica discursiva (producción e interpretación del texto) y (iii) una práctica sociocultural (sistemas de conocimiento y creencias, relaciones sociales, instituciones sociales).

La propuesta de Fairclough se orienta a considerar el análisis intertextual en una visión del texto como una selección entre opciones dentro de lo que se podría llamar el *potencial intertextual* de una organización del discurso.

Es principalmente en el discurso, en su primera acepción, donde se logra el consenso, se transmiten ideologías, y se enseñan y se aprenden prácticas, significados, valores e identidades. Al usar el término *discurso*, Fairclough está postulando que el uso del lenguaje está imbricado en las relaciones y los procesos sociales que, en forma sistemática, determinan variaciones en sus propiedades, incluyendo las formas lingüísticas que aparecen en los textos. Un aspecto de esta imbricación en lo social es que el lenguaje es una forma material de la ideología y que el lenguaje está investido por la ideología. El discurso contribuye a la creación y a la constante recreación de las relaciones, sujetos y objetos que pueblan el mundo social.

En efecto, Fairclough (1995) sostiene que el discurso en las sociedades modernas se caracteriza por tener un papel distintivo e importante en la constitución y reproducción de relaciones de poder e identidades sociales.

Por otra parte, los *discursos*, según Hatim y Mason (1990), como expresiones concretas, son modos de hablar y escribir, donde los participantes adoptan una postura particular en ciertas áreas de la actividad

sociocultural: discurso racial, discurso científico, discurso familiar, etc. Los discursos, por tanto, no son independientes del lenguaje, aunque reflejen fenómenos no-lingüísticos. Un conjunto particular de convenciones discursivas (por ejemplo, en las consultas médicas, en las entrevistas de los medios de comunicación o en los informes policíacos de los periódicos) comprende en forma implícita ciertas ideologías –conocimiento y creencias particulares, ‘posturas’ particulares del sujeto social que participa en una práctica social dada (médicos, pacientes, entrevistados, lectores de periódicos) y relaciones particulares entre categorías de participantes (por ejemplo, entre médicos y pacientes).

La concepción de discursos se puede comparar con la de *códigos culturales* de Barthes (1970). Estos son sistemas conceptuales que regulan el proceso de significación, toda vez que el significado denotativo de un elemento textual adquiere un significado que va más allá del significado primario. Esto es lo que sucede cuando la cultura se apodera en forma dinámica del texto. Por ejemplo, una ideología se expresa en una variedad de términos clave en un texto, remitiéndonos a un conjunto de preceptos establecidos. Para que la expresión *prensa oficialista* sea reconocida como un rasgo del discurso del gobierno de turno, se tiene que percibir dentro de un sistema connotativo de oposiciones ideológicas (Hatim y Mason 1990).

### 3. A MODO DE CONCLUSIÓN

Fairclough (1989) señala que la actual popularidad de las teorías que centran su foco en la intertextualidad y heterogeneidad de los textos es un rasgo particular de períodos y áreas de intenso cambio social y cultural. Un campo fértil de investigación lo constituiría, por ejemplo, el análisis de textos periodísticos nacionales y extranjeros, cuyo tópico sea el cambio social provocado por el auge económico chileno o el análisis de los discursos orales o escritos de los economistas acerca de este mismo fenómeno.

El análisis del discurso, desde una perspectiva intertextual amplia, plantea la necesidad de conectar el lenguaje con el contexto social, salvando así la distancia entre textos y contextos. Este tipo de análisis debe considerar las prácticas o eventos sociales en tres niveles: el genérico, el discursivo y el textual. En otras palabras, para Fairclough (1995), significa considerar la práctica social, la práctica discursiva (producción, distribución y consumo de textos) y el texto.

En este marco, el análisis de un discurso específico requiere procedimientos que den cuenta de cada uno de los niveles o dimensiones señalados, como también de sus interrelaciones.

Una aproximación a los géneros y a los discursos debe permitir, pues, mostrar en toda su complejidad el fenómeno de la intertextualidad, ya que un análisis de ésta basado solo en la interdependencia textual (como, por ejemplo, entre autores y textos, entre autores y autores, entre textos solo escritos) no logrará penetrar en la profundidad de dicho fenómeno.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BATIN, M., 1986, *Speech Genres and Other Late Essays*, Austin, U. de Texas.
- BARTHES, R., 1970, *S/Z*, París, Seuil.
- BARTHES, R., 1989, "Textual Analysis of a Tale of Poe", en M. Blonsky (ed.), *On Signs*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- BEX, T. 1996. *Variety in Written English. Texts in Society: Societies in Texts*, Londres, Routledge.
- BLOOME, D. Y EGAN-ROBERTSON, A., 1993, "The Social Construction of Intertextuality in Classroom Reading and Writing Lessons", en *International Reading Association*. 28,4, 305-334.
- BRONCKART, J.P. *et al.*, 1985, *Le fonctionnement des discours. Un modèle psychologique et une méthode d'analyse*, Neuchâtel, Delachaux Niestlé.
- BROWN, P. Y LEVINSON, S.C., 1987, *Politeness. Some Universals in Language Usage*, Cambridge, Cambridge University Press.
- DE BEAUGRANDE, R. Y DRESSLER, W. 1981. *Introduction to Text Linguistics*. Londres, Longman.
- DERRIDA, J., 1985, *Writing and Difference*, Londres, Routledge & Kegan Paul.
- FAIRCLOUGH, N., 1989, *Language and Power*, Londres, Longman.
- FAIRCLOUGH, N., 1994, *Discourse and Social Change*, Cambridge, Polity Press.
- FAIRCLOUGH, N., 1995, *Critical Discourse Analysis: The Critical Study of Language*, Londres, Longman.
- FAIRCLOUGH, N. Y WODAK, R., 1998, "Critical Discourse Analysis", en T. A. van Dijk (ed.), *Discourse as Social Interaction*, Londres, Sage.
- GENETTE, G., 1982, *Palimpsestes*, París, Seuil.
- GUMPERZ, J. J., 1982, *Discourse Strategies*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HATIM, B. Y MASON, I., 1990, *Discourse and the Translator*, Londres, Longman.
- HATIM, B., 1996, *Communication across Cultures: Translation Theory and Contrastive Text Linguistics*, Exeter, University of Exeter Press.
- KERBRAT - ORECCHIONI, C., 1990, *Les interactions verbales, I*, París, A. Colin.
- KERBRAT - ORECCHIONI, C., 1992, *Les interactions verbales, II*, París, A. Colin.
- KERBRAT - ORECCHIONI, C., 1994, *Les interactions verbales, III*, París, A. Colin.
- KRISTEVA, J., 1967, *Sémiotique: Recherches pour une Sémanalyse*, París, Seuil.
- LEMKE, J. L., 1985, *Translating Poetry: Seven Strategies and a Blueprint*, Assen, Van Gorcum.
- LINELL, P., 1998, "Discourse across Boundaries: On Recontextualizations and the Blending of Voices in Professional Discourse", en *Text*, 18, 2, 143-157.
- MAINGUENAU, D., 1987, *Nouvelles Tendances en Analyse du Discours*, París, Hachette.
- PÉCHEUX, M., 1982, *Language, Semantics and Ideology: Stating the Obvious*, Londres, MacMillan.

- SCHIFFRIN, D., 1994, *Approaches to Discourse*, Cambridge, Blackwell.
- THREADGOLD, T., 1989, "Talking about Genre: Ideologies and Incompatible Discourses", en *Cultural Studies*, 3,1, 85-105.
- VAN DIJK, T. A. (ed.), 1985, *Handbook of Discourse Analysis*, Londres, Academic Press.
- VAN DIJK, T. A. (ed.), 1997, *Discourse as Structure and Process. Discourse Studies: A Multidisciplinary Introduction*, Vol. 1, Londres, Sage Publications.
- VAN DIJK, T. A. (ed.), 1997, *Discourse as Social Interaction. Discourse Studies: A Multidisciplinary Introduction*, Vol. 2, Londres, Sage Publications.
- VAN LEEUWEN, T., 1993, "Genre and Field in Critical Discourse: A Synopsis", en *Discourse and Society*, 4, 2, 193- 223.
- WEINREICH, H., 1981, *Lenguaje en textos*, Madrid, Gredos.